

Drácula

La inmortalidad del mito

Ignacio Solares

Una mañana de otoño de 1974 me llevaron a la iglesia conventual de Snagov, abajo de cuyo altar está enterrado el príncipe Vlad Tepes III Dracul, llamado El Empalador, que luchó bárbaramente contra los turcos en el siglo xv, y en quien se basó el novelista Bram Stoker para elaborar el *Drácula* que conocemos (*drac* en rumano es demonio, y *dracu* dragón).

—No les creas nada —me había dicho la noche anterior el poeta rumano Dărie Novăceanu (traductor de Jorge Luis Borges y Octavio Paz), a quien conocí en el Ministerio de Cultura y con quien hice una amistad que aún perdura—. Ahí no está enterrado nadie. En 1931 abrieron la tumba y estaba vacía.

—Tratándose de Drácula...

—Y del turismo, sobre todo. Puro cuento.

Pero yo no era turista: en ese otoño de 1974 llegué a Bucarest a entrevistar a Nicolae Ceaușescu y a algunos de sus ministros para el *Excelsior* de Julio Scherer, y el gobierno rumano —todo amabilidad— me puso un intérprete-guía, ya no tan amable cuando le dije que quería conocer el castillo de Drácula.

—A los periodistas serios no hay costumbre de llevarlos ahí —dijo, como para aniquilar mi deseo. Pero insistí tanto sobre mi falta de seriedad que, por fin, accedió. Primero fuimos a la iglesia conventual de Snagov y luego al castillo de Transilvania, dentro del arco formado por los montes Cárpatos. Todo correspondía con tal exactitud del *cliché* de una película norteamericana sobre el tema, que parecía creado artificialmente: los bancos de neblina distendiéndose por la luz frágil de la mañana, deprimente, que depositaba apenas en la tierra para iluminar la hilera de villas rústicas enjalbegadas, con tejas y cruces de metal en lo alto.

—¿Por qué las cruces? —pregunté al intérprete.

—Gente supersticiosa —contestó el guía, muy serio.

Como empotrado en una gran roca estaba el castillo, al que nimbaba la neblina. Cine y realidad se superponían. Y más aún en el interior: los vastos muebles de los salones, las armaduras expectantes, las cortinas desvaídas, la galería de cuadros de Vlad Tepes, con la luz de la pura maldad en los ojos. El *set* ideal para Roman Polanski. Sin embargo, aunque ésa hubiera sido la intención, había un detalle que no pudo habersele ocurrido a nadie del gobierno rumano. La realidad —mejor dicho, fantasía— los rebasaba de nuevo: en lo alto del castillo, entre las almenas, alguien (¿quién?) había colocado un gran tubo eólico que con el aire producía constantemente un acorde del *Tannhäuser* de Wagner.

—Por supuesto que no se le ocurrió a nadie del gobierno rumano —me dijo después Dărie Novăceanu—. No son tan románticos. Es obvio que se trata de una casualidad, porque el tubo ha de estar ahí desde mucho antes de que Wagner compusiera el *Tannhäuser*.

—O Wagner visitó el castillo y ahí se le ocurrió la ópera, además de plagiarle un acorde a Drácula.

De acuerdo con su teoría de la sincronicidad, Carl Gustav Jung señala que todas las prácticas adivinatorias, desde las cartas, la lectura de la mano o del café, hasta el complejísimo *I Ching*, se basan en la idea de que los acontecimientos casuales son misterios menores que podemos utilizar como indicadores respectivos del gran misterio central: que todo tiene que ver con todo. O con Todo (así con mayúscula), mejor dicho.

Lo cierto es que así, ahí en una mañana de otoño y desde lo alto del castillo, con el acorde obsesivo como la mejor de las drogas, ante los bancos de neblina desenredándose en el bosque de pinos y las casitas blancas con sus cruces en lo alto, como no podía menos que recordar aquel pasaje en que Drácula posee por fin a la frágil y pálida Mina, a la que condena a amarla y a seguir-



Béla Lugosi en *Drácula*, de Tod Browning, 1931

lo siempre: “Acudirás a mi llamado. Bastará que con el pensamiento yo llame: ¡Ven!, para que cruces tierra y mares y corras a mi lado”. Pero antes... Drácula se desabrochó la camisa “y con sus largas y afiladas uñas en el pecho se abrió una vena. Cuando empezó a brotar sangre cogió mis manos con una de las suyas para impedir que hiciera el menor movimiento y con la otra me asió por la nuca, obligándome a aplicar mi boca a su vena rota...”.

Todo deseo verdadero lleva implícita una promesa de cumplimiento. Con su *Drácula*, Stoker conformó un símbolo de la posesión absoluta, la que sólo es concebible aquí, en esta tierra oscura, a través de la sangre y más allá del tiempo y de la muerte. Por eso a todo deseo de posesión le es tan atractivo lo demoníaco que conlleva: se recibe a lo diurno, a la transparencia, a la luz que es desintegración del yo, del tú, del nosotros dos, el otro fuego claro en donde el deseo se consume y se trasciende.

Sin embargo, para desgracia de él y de su pueblo, en el príncipe en que se basó Stoker dominaba sobre todo la crueldad. En las *legendes*, recopiladas y analizadas por el historiador alemán Ralf-Peter Martin (junto con el inglés Raymond McNally y el rumano Radu Florescu, quienes mejor han estudiado a Tepes) se mencionan algunos de sus métodos de tortura predilectos: mutilar narices, orejas, dedos, órganos sexuales, cegar, quemar, her-

vir, despellejar, desmembrar, enterrar vivo, obligar a la víctima a presenciar la tortura de un ser querido, untarle los pies con miel y darlos a lamer a animales hambrientos... Pero, por sobre todos los métodos de tortura, el príncipe prefería el empalamiento:

Para llevar a cabo este castigo se ponía al condenado boca abajo, se le ataban firmemente las manos a la espalda y las piernas se le mantenían bien separadas. Se le lubricaba el ano y por ahí metía el verdugo la estaca, lentamente, muy lentamente. Después, con todo y víctima, enderezaba el palo y lo clavaba en la tierra. La víctima, por su propio peso, se deslizaba por el palo hacia abajo hasta que éste, por fin, reaparecía por el hombro, por el pecho, por el estómago. Pero a veces la muerte de los infelices era lenta. Hubo casos de condenados que soportaron vivos la tortura hasta tres días. La velocidad de la muerte variaba según los casos y dependía tanto de la constitución de la víctima como de la dirección del palo. Por cierto, en un increíble refinamiento de crueldad del príncipe Vlad Tepes, pedía que la punta del palo no fuese del todo puntiaguda. Con ello evitaba perforar ciertos órganos y, por lo tanto, las fuertes hemorragias.

Ralf-Peter Martin agrega que el príncipe adquirió la costumbre de contemplar el espectáculo mientras comía y bebía opíparamente. Extraña relación entre comida y crueldad. Se dice que apenas investido con la Orden del Dragón y nombrado gobernante de la región, en 1436, organizó un gran banquete para celebrarlo, al final del cual mandó empalar a ciento cincuenta de los invitados, unos boyardos que supuestamente iban a traicionarlo. Ejemplar espectáculo para detentar el poder. Porque además mantenía al pueblo en el terror: por las noches, soldados de su guardia personal (algo así como la *Securitate* de Ceaușescu, suponemos) bajaban del castillo a buscar a alguien —hombre, mujer o niño— que luego desaparecía misteriosamente dentro del castillo. Nadie volvía jamás. (La ambivalencia de sentimientos que despertaría la posibilidad terrible de ser *elegido* o *elegida* por el poderoso príncipe. ¿Fue esa ambivalencia entre terror y deseo la que provocó, después de la muerte de Tepes, el mito del vampirismo?). Por supuesto, esta situación cambiaba si había guerra porque el príncipe salía a pelear y a los que aterraba era a los turcos, portando su estandarte con el símbolo del dragón, lo que hizo correr el rumor de que estaba asociado con el diablo. En una ocasión, una tropa de turcos invadió Transilvania y Tepes los detuvo con su sistema predilecto de intimidación: mandó empalar a veinte mil magyares, y al verlos, los presuntos conquistadores retrocedieron empavorecidos. Hasta el famoso, y también cruel, Mohammed II, se sintió enfermo ante las hileras interminables de víctimas, que con un apagado gemido se pudrían al

sol y eran presa de los cuervos. Nadie —lo sabemos y nos lo dijo Nietzsche—, nadie soporta ciertos aspectos de la realidad.

—A pesar de lo que declare el gobierno —me dijo Darie Novăceanu— el mito del vampirismo está de lo más vivo entre la gente del pueblo. En nuestros sanatorios psiquiátricos —y hay muchos más de los que imaginas— no falta el loquito que se cree vampiro o perseguido por un vampiro.

También en este sentido, la información que proporciona Ralf-Peter Martin es reveladora:

El temor a los vampiros se extendió de tal modo que en 1801 el obispo Sige le pidió al príncipe de Valaquia, Alexander Moruzi, que impidiera que los campesinos continuaran desenterrando a sus muertos. Pero esto continuó y en varias ocasiones se habló y se sospechó de casos de vampirismo. Todavía en 1919 se produjo una exhumación a gran escala en Bukowina. Y unos años después, en la aldea de Amarasti, al norte de Dolj, tras la muerte de una anciana, sus hijos y nietos empezaron a morir. Presas del miedo, quienes quedaban abrieron la tumba, y según contaron, el cuerpo estaba intacto. Tomaron el cadáver, lo llevaron a un bosque y le extrajeron el corazón, del que manó sangre... También en las proximidades de Cusmir se produjeron varios casos de muerte súbita en una familia. Las sospechas recayeron sobre un anciano, fallecido hacía poco tiempo. Cuando lo desenterraron, lo encontraron sentado en la posición de los turcos y completa-

mente rojo, lo que hacía temer que él hubiera acabado con la familia, compuesta por gente joven, sana y fuerte...

¿Conocería Polanski este texto para crear en *La danza de los vampiros* al posadero que, en efecto, al desenterrarlo, está completamente rojo, congestionado por tanta sangre como ha bebido? Porque a los vampiros se los supone normalmente pálidos, consumidos por un deseo nunca satisfecho. Pero, como se ve, en la propia Rumania se dieron casos terribles que creíamos exclusivos de una película (humorística, además) realizada en Hollywood.

Los sueños de un pueblo, sin embargo, no se adivinan fácilmente durante el día. Al llegar a Bucarest me sobrecogió el aire triste de la ciudad, algo que era casi palpable y afectaba las expresiones de los rostros o se posaba, perentorio, en las fachadas de los edificios. En mi crónica escribí: “Hay sitios que sólo son definibles por un color, por un tono, por un matiz. En Bucarest ese color, ese tono, ese matiz se relaciona sin remedio con lo grisáceo de las miradas, del aire, de las interminables hileras de edificios herrumbrosos”. Aun quienes bebían cervezas los fines de semana en algún restaurante del Bulevardul Magheru batallaban denodadamente con la tristeza, que no lograban alejar ni el vaivén de los tarros ni los cantos que entonaban.

Cuando le comenté a Darie Novăceanu de esa tristeza latente que adivinaba a mi alrededor, me dijo que si abrieran las fronteras Rumania se quedaría vacía.



Klaus Kinsky en *Nosferatu*, el vampiro de Werner Herzog, 1979

—Todos dicen que adoran al presidente, que darían la vida por él, sobre todo a partir de su protesta por la invasión a Checoslovaquia en 68, pero a la vez todos se irían de aquí si pudieran.

¿Era ese deseo de fuga reprimida el que provocaba la tristeza? ¿Cuánto había de cierto en esa supuesta idolatría hacia Ceaușescu? Es difícil saberlo en un pueblo que, en su mayoría, carecía de libertad para elegir y por lo tanto de los alicientes comunes que alimentan la fantasía y la ilusión. Nadie puede vivir —mejor dicho, sobrevivir— sin un punto de referencia, sin una presencia protectora y amorosa, cercana o lejana. Dentro de las carencias, la rutina, la opacidad del aire, para muchos no quedaba más que idolatrar a Ceaușescu y odiar a los rusos, únicos culpables de cuanto padecían. Pero toda idolatría es sin remedio ambivalente: en aquellos rostros tristes estaba ya latente lo que iba a suceder quince años después.

Al final de la entrevista, Nicolae Ceaușescu aceptó un par de preguntas fuera del cuestionario y le pregunté sobre Drácula. Sonrió ligeramente.

—Vlad Tepes es un héroe nacional del que se ha dicho que era cruel con su pueblo, lo que no es verdad. Peleó heroicamente contra los turcos en el siglo quince. Lo demás, lo que usted llama el mito de Drácula, lo inven-

taron en Occidente, pero Rumania no tiene nada que ver con ello. Rumania ha dejado atrás los mitos y las supersticiones gracias a la revolución cultural y marcha hacia el progreso, como usted verá. Las supersticiones y los mitos detienen el progreso de un pueblo. Y más la superstición sobre la crueldad de muertos que se alimentan de la sangre de los vivos. Es una tontería.

Hizo una pausa. Había sido escueto y directo sobre una pregunta que no le gustó nada y que nada tenía que ver, en efecto, con cuanto había contestado antes.

Llamaba la atención que negara, de entrada, la crueldad de Vlad Tepes. ¿Era parte de la represión que lo rodeaba y que él mismo imponía? Nadie tan peligroso como el que niega la violencia y la crueldad que él mismo impone.

Años después, en el libro de Ralf-Peter Martin encontré este párrafo que confirmaba lo que el presidente rumano me había dicho:

El jefe de Estado y partido, el caudillo Nicolae Ceaușescu, también ha simplificado las cosas. En la primavera de 1978, en el Club Nacional de Prensa de Washington, ocultó esa faceta oscura de la crueldad de su héroe Vlad Tepes, describiéndolo como un aguerrido luchador por la libertad, bondadoso e indulgente (¡bondadoso e indulgente!) con su pueblo. No le quedaba otra salida: a principios del mismo año, y en el discurso pronunciado con ocasión de su sesenta cumpleaños, los funcionarios del partido lo compararon, elogiosamente, con “líderes tan populares como Vlad Tepes”.

Lo de la popularidad es cierto, aunque muy diferente a como la hubiera deseado Ceaușescu. De nuevo, la represión. El poder ciega. Y como nada se atrae tanto como aquello que se niega obsesivamente, el mito iba a regresar sin remedio, más vivo que nunca (en el sentido draculesco, claro). Por eso resulta aún más estremecedor este otro párrafo del multicitado libro:

Dada la actual situación política rumana, las implicaciones políticas de una figura como la del príncipe así descrita son evidentes. La actitud autoritaria de Vlad Tepes en el interior y su lucha contra los enemigos exteriores convierten —con los pretextos del amor a la patria y honorables ideales— el traslado del príncipe al panteón de las glorias nacionales en una sensata medida pedagógica. ¿A quién puede hallar ahí Vlad Tepes? En todo caso a Nicolae Ceaușescu.

En efecto, desde hacía una década, el gobierno de Ceaușescu tenía un proyecto de trasladar a Drácula (cuyos restos, además, no existen) al panteón de las glorias nacionales, en donde suponía el entonces presidente rumano reposaría también él. ¿Qué pensará el pueblo de



Winona Ryder y Gary Oldman en *Drácula*, de Bram Stoker de Francis Ford Coppola, 1992

ese proyecto hoy? Quería que lo enterraran al lado de Drácula, con quien le enorgullecía que lo compararan —a Ceaușescu lo llamaban el “genio de los Cárpatos”—, y a los dos su pueblo ha tenido terror de enterrarlos en su propia tierra. Extraño destino mutuo, marcado por la represión, la crueldad, ¿y la posesión? ¿No ha clamado el pueblo porque echen fuera de Rumania el cadáver de Ceaușescu porque iba a “maldecir la tierra”? ¿No le han dicho también a él, una vez que hubo caído, “demonio de los Cárpatos”? Por una razón parecida enterraron a Drácula abajo de un altar. ¿Y por qué ese pueblo cantaba villancicos y rezaba en voz alta después de muerto Ceaușescu? ¿Y por qué las cruces de metal en lo alto de las casas en la región en donde está el castillo de Drácula? Al margen del mito y la superstición, ¿cuáles son las implicaciones políticas para el país de todo esto?

Según el *Time* del 8 de enero de 1990, cuando un tribunal invisible interrogó a Ceaușescu y a su esposa Elene el día de Navidad (tenía que ser el día de Navidad), poco antes de que fueran fusilados, a él se le hizo esta pregunta: “¿Quién lo poseyó para reducir a la gente al estado en que se encontraba, para actuar con tal crueldad?”.

¿Por qué extraña alquimia del autoengaño logramos no ver lo evidente, lo que palpita en el tedio, en la tristeza latente y como agazapado? ¿De veras Ceaușescu creía en “la bondad e indulgencia”, según dijo, de Vlad Tepes? ¿Y creía que su pueblo lo amaba como quería hacerle creer que lo amaba? Quizá precisamente por la represión sistemática, al manifestarse el inconsciente nos parece luminoso, nos deslumbra, nos arranca del tedio y de la tristeza, de lo que parecía apagado, mecánico, sin sentido. Este texto es también del *Time* del 8 de enero de 1990:

En la tarde de Navidad en Timișoara, la ciudad fronteriza donde surgió el levantamiento contra Nicolae Ceaușescu, una joven mujer está de pie en el campo, mece su cuerpo como sonámbula, llora suavemente: “Sangriento, oh, tú, qué sangriento”, y se lamenta sobre el cadáver de un viejo cuyas manos están mutiladas y su cuerpo horriblemente desfigurado por agua hirviente y ácido. Era su padre.

Agua hirviente y ácido. ¿No podría trasladarse esta escena terrible a las *legendes* que nos narran las crueldades de Drácula? Son innumerables y hasta elegir unas cuantas, del mismo número de *Time*, parece morboso:

En el mismo terreno lodoso, envueltos en sábanas blancas, había dos docenas de cuerpos desnudos, más víctimas de las masacres del 16 y 17 de diciembre que llevó a cabo la *Securitate*, la policía secreta de Ceaușescu. Estos cuerpos también habían sido sometidos a horribles torturas hasta dejarlos irreconocibles. Algunos con los tobillos en-

redados con púas, o con el estómago abierto, en canal. Sobre el cadáver de una mujer se encontraba el feto de siete meses que se le acababa de extraer del vientre.

¿Por qué? ¿Se enteró de todo esto Ceaușescu? Sin remedio, tenemos que deducir que sí, y que era el culpable directo. Quizá de muchas otras atrocidades de su *Securitate* pocos se enteraron, pero es seguro que él sí se enteró. ¿Qué argumento, qué pretexto “político” podría eximirlo de la culpa? Y claro, según cuenta ahora el *Newsweek*,

en toda Rumania la gente dejó escapar un suspiro colectivo de descanso con la prueba visible de la caída y muerte de Ceaușescu, que se transmitió por televisión un martes, un día después de su ejecución llevada a cabo la noche de Navidad. ¡El anticristo ha muerto!, clamaba un hombre en Bucarest ante un televisor público. ¡Se murió demasiado fácilmente!, se quejó un soldado en la ciudad de Timișoara, en donde comenzó el levantamiento contra la odiada dictadura de Ceaușescu. ¡Yo lo habría puesto en una jaula en una plaza pública!, dijo el administrador de un afamado hotel de Bucarest, para que la gente le escupiera y lo despellejara a pedradas.

La misma crueldad, siempre la misma. Por eso, ahora según el mencionado *Time*, “una y otra vez como, para exorcizar la maldad del reinado de puño de hierro que durante veinticuatro años ejerció Nicolae Ceaușescu, la televisión nacional pasó y pasó sus horas finales”. Y el *Newsweek*: “La videocámara se acerca a una de las figuras y ahí está Nicolae Ceaușescu, yaciendo boca arriba, cerca de un muro de ladrillos. Sus ojos están desorbitados y un charco de sangre rodea su cabeza. La cámara se demora sobre su cadáver hasta por un minuto”.

¿Quería el pueblo rumano comprobar que Ceaușescu estaba muerto, bien muerto? ¿Por eso se demoró tanto la cámara sobre su cadáver? Pero, ¿cuánto podemos saber del mito, de los secretos sueños de todo un pueblo? ¿Y qué va a vivir ese pueblo —tan reprimido y duramente castigado— en los próximos años? ¿Salió ya de la pesadilla y se abrirá camino hacia la paz? ¿Cuántos mitos nos faltan a todos por exorcizar? Ya decía Jung que hay componentes psíquicos arcaicos que han entrado en la psique individual sin ninguna línea de tradición directa, por lo que afirmó con clara convicción: “Tengo la viva impresión de que estoy bajo la influencia de cosas o interrogantes que quedaron sin respuesta para mis padres y abuelos”.

Quizá de veras hay un montón de cosas que son imposibles de pensarse, de llevarse a la conciencia plenamente. Quizá de veras estamos condenados a arrastrarlas con nosotros en el inconsciente como una sombra, como nuestra verdadera sombra. **U**